

El libro de Daniel - Número cincuenta y cinco

Revelando el tapiz profético: la revelación de Gabriel a Daniel

Jeff Pippenger

2024-01-19

Gabriel vino a Daniel después de que Daniel había llegado a comprender los setenta años de cautiverio de la profecía de Jeremías y el juramento y la maldición de Moisés.

En el primer año de su reinado, yo, Daniel, entendí por los libros el número de los años, acerca de los cuales vino palabra del Señor al profeta Jeremías, que se cumplirían setenta años en las desolaciones de Jerusalén. . . . Sí, todo Israel ha transgredido tu ley, apartándose para no obedecer tu voz; por lo cual la maldición se ha derramado sobre nosotros, y el juramento que está escrito en la ley de Moisés, siervo de Dios, porque hemos pecado contra él. Y él ha confirmado sus palabras, que habló contra nosotros y contra nuestros jueces que nos juzgaron, trayendo sobre nosotros un gran mal; porque bajo todo el cielo no se ha hecho nada como lo que se ha hecho en Jerusalén. Como está escrito en la ley de Moisés, todo este mal ha venido sobre nosotros; pero no presentamos nuestra oración delante del Señor nuestro Dios, para convertirnos de nuestras iniquidades y entender tu verdad. Por tanto, el Señor ha velado sobre el mal y lo ha traído sobre nosotros; porque el Señor nuestro Dios es justo en todas las obras que hace; porque no obedecimos su voz. Daniel 9:2, 11-14.

La palabra que Daniel usó y que se traduce como "el juramento" es la misma palabra que Moisés usó y que se traduce como "siete veces" en Levítico veintiséis. La hermana White nos informa que en el capítulo nueve, Daniel procuraba entender la relación entre el período de setenta años de Jeremías y el período de dos mil trescientos años. A Gabriel se le había ordenado en el capítulo ocho hacer que Daniel comprendiera la visión de los dos mil trescientos días, y Gabriel está terminando su obra cuando regresa en el capítulo nueve y le informa a Daniel que separe mentalmente las dos visiones que han sido el tema de los capítulos siete, ocho y también nueve. Esas dos visiones son el tema del "aumento del conocimiento" que fue desollado en 1798.

Los setenta años de Jeremías y la "maldición" de Moisés son ambos símbolos de los "siete tiempos", tal como lo representa el "juramento" de Moisés, pero Gabriel va a presentar el desglose del período de dos mil trescientos años. Solo puede dividirse correctamente cuando la relación entre la visión ("chazon") del pisoteo y la visión ("mareh") de la aparición se divide correctamente. Gabriel comenzó identificando que se concedió a los judíos un período de probación de cuatrocientos noventa años. Ese período era el mismo que el período de rebelión de cuatrocientos noventa años que había producido los setenta años de cautiverio.

La palabra "determined" en el versículo veinticuatro se refiere al período desde la promulgación del tercer decreto en 457 a. C. hasta la lapidación de Esteban en 34 d. C., pero la palabra "determined" en los versículos veintiséis y veintisiete identifica los poderes desoladores del paganismo y el papalismo.

Y después de sesenta y dos semanas será cortado el Mesías, pero no por sí mismo; y el pueblo del príncipe que ha de venir destruirá la ciudad y el santuario; y su fin será como un torrente, y hasta el fin de la guerra están decretadas desolaciones. Y confirmará un pacto con muchos por una semana; y a la mitad de la semana hará cesar el sacrificio y la ofrenda; y por la proliferación de abominaciones la dejará desolada, hasta la consumación, y lo que está decretado será derramado sobre el desolado. Daniel 9:26, 27.

Gabriel informa a Daniel que, "después" de que el "Mesías" fue "cortado", "el pueblo del príncipe que ha de venir destruirá la ciudad y el santuario". La Roma pagana destruyó la "ciudad y el santuario" en el asedio que duró exactamente tres años y medio, desde el año 66 hasta el 70 d.C. Gabriel identifica que "el fin de la guerra" sería "con inundación", y que la guerra consistiría en "desolaciones". La guerra que se llevó a cabo contra Jerusalén y el santuario fue el hollamiento realizado por el paganismo y el papalismo. El poder pagano que habría de destruir Jerusalén al principio fue Babilonia, pero el poder pagano que habría de destruirla después de que el Mesías fue crucificado fue la Roma pagana. Pero la guerra contra el santuario y la hueste fue llevada a cabo por dos poderes desoladores, y el segundo de los dos poderes desoladores en las Escrituras es el papado.

El papado es el poder representado como el "azote desbordante"; es el poder en el versículo cuarenta de Daniel once, que "desborda y pasa por encima". El hollamiento de Jerusalén que comenzó con Babilonia, y continuó con la nación de hierro que hablaba sentencias oscuras, como lo representó Moisés en Deuteronomio, fue seguido por el papado. Hasta el fin del hollamiento, las "desolaciones" fueron "determinadas". En el versículo veintisiete, Cristo confirma el pacto con muchos por una semana. A la mitad de esa semana, el sistema sacrificial terrenal cesaría cuando Cristo iniciara su ministerio sumo sacerdotal en el santuario en el cielo. Debido a la desobediencia de los judíos durante el tiempo de prueba que se les había señalado, el santuario y la ciudad volverían a quedar desolados.

El versículo dice: "por la proliferación de abominaciones la dejará desolada, hasta la consumación, y lo determinado será derramado sobre el desolado". Cuando los judíos finalmente colmaron su copa de tiempo de prueba, la ciudad y el santuario debían quedar desolados hasta el fin de la guerra. En la "consumación" del pisoteo en 1798, se había "determinado" que el papado recibiría una herida mortal. Entonces la ciudad y el santuario debían ser restaurados y reconstruidos, como fue prefigurado cuando los judíos salieron de la Babilonia literal bajo los tres decretos.

Hasta la consumación de esa guerra, Jerusalén sería hollada por el poder papal. Los períodos proféticos que conforman los distintos segmentos dentro de los dos mil trescientos años solo pueden comprenderse correctamente cuando se comprende la relación de la visión del pisoteo de los setenta años en conexión con la visión de la restauración del santuario y de la hueste. Rechazar la visión de la dispersión según la maldición de Moisés es rechazar la visión de la reunión. La visión de los setenta años es la visión de la dispersión. La visión de los dos mil trescientos años es la visión de la reunión. La visión de los setenta años es la visión "chazon" de la dispersión, y la visión de los dos mil trescientos años es la visión "mareh" de la reunión.

Por tanto, lo que Dios ha unido, que no lo separe el hombre. Marcos 10:9.

Las dos visiones han sido unidas proféticamente, y rechazar una es rechazar ambas. Este hecho pone de manifiesto que, a pesar de que el adventismo afirma sostener la profecía de los dos mil trescientos años, ha rechazado el pilar central del adventismo, tan ciertamente como rechazó los "siete tiempos" en 1863. ¿No profesaban los judíos guardar la ley de Dios? ¿No profesaba el antiguo Israel estar esperando al Mesías? La profesión carece de sentido si no sostiene la Palabra de Dios.

Los mileritas finalmente identificaron el 22 de octubre de 1844 como el fin del período de dos mil trescientos días, pero su comprensión era limitada. No fue sino hasta después de la gran decepción que recibieron luz acerca del santuario celestial y de la aparición de Cristo en el Lugar Santísimo en esa fecha. No fue sino después de esa fecha cuando comprendieron el mensaje del tercer ángel y la ley de Dios.

El Señor se propuso aumentar la luz profética asociada con los dos mil trescientos años, y en 1856 abrió la puerta a una luz adicional; durante los siete años siguientes, el adventismo cerró esa puerta. No fue sino hasta después del 11 de septiembre de 2001 que el Señor condujo a los estudiantes de la profecía de vuelta a los artículos de Hiram Edson, y la luz de los "siete tiempos" comenzó una vez más a aumentar.

Al negarse a ver la relación entre la profecía de los dos mil trescientos años y la profecía de los dos mil quinientos veinte años, el adventismo llegó a entender el 22 de octubre de 1844 de manera limitada e incompleta.

Una vez que S. S. Snow fijó la fecha de la crucifixión, se determinó la fecha del 22 de octubre de 1844.

Sabe, pues, y entiende que desde la salida del decreto para restaurar y edificar Jerusalén hasta el Mesías Príncipe habrá siete semanas y sesenta y dos semanas: la calle y el muro serán reedificados, aun en tiempos angustiosos. Y después de las sesenta y dos semanas será cortado el Mesías, pero no por sí mismo; y el pueblo de un príncipe que ha de venir destruirá la ciudad y el santuario; y su fin será como un diluvio, y hasta el fin de la guerra las desolaciones están determinadas. Y confirmará el pacto con muchos por una semana; y a la mitad de la semana hará cesar el sacrificio y la ofrenda, y por la sobreabundancia de abominaciones la hará desolada, hasta la consumación, y lo que está determinado será derramado sobre el desolado. Daniel 9:25-27.

Los mileritas reconocieron la fecha correcta de la crucifixión y entonces se identificó el fin del período de dos mil trescientos años. También se identificó el "ser cortado del Mesías" en "la mitad de la semana" en la que Cristo confirmó "el pacto", debido a que los judíos llenaron su copa de tiempo de prueba hasta el colmo, como lo representaba la "extensión de las Abominaciones". La cruz se convirtió en el hito histórico que fue esencial para reconocer el mensaje del Clamor de Medianoche.

A pesar de la luz presente en los versículos que produjeron una manifestación tan poderosa del poder de Dios, los milleritas nunca alcanzaron una comprensión de esos versículos, comprensión que estaba representada por el deseo de Daniel de entender la relación entre las dos visiones. La

semana en la que Cristo confirmó el pacto se dividió en dos períodos, que la hermana White identificó posteriormente como representando el ministerio personal de Cristo de tres años y medio, seguido por su ministerio representado por los discípulos. Vieron que el hito histórico de la cruz se convirtió en el ancla para determinar la fecha del 22 de octubre de 1844, pero no vieron que también representaba el centro de dos períodos idénticos de tres años y medio, y, por lo tanto, representaba los "siete tiempos", que Dios, por medio de Moisés, llamó la "contienda de su pacto".

Entonces yo también procederé contra vosotros, y os castigaré aún siete veces por vuestros pecados. Y traeré sobre vosotros espada, que ejecute la venganza de la querrela de mi pacto; y cuando os hayáis reunido dentro de vuestras ciudades, enviaré pestilencia entre vosotros; y seréis entregados en mano del enemigo. Levítico 26:24, 25.

Cuando Cristo confirmaba el pacto con muchos, se trataba del pacto sobre el cual tenía una disputa con los judíos desobedientes. La "querrela de su pacto" comenzó en 723 a. C., cuando los asirios se llevaron cautivo al reino del norte, y luego, durante mil doscientos sesenta días proféticos, el paganismo pisoteó al Israel literal. Ese pisoteo fue seguido por otros mil doscientos sesenta días proféticos, en los que el papado pisoteó al Israel espiritual.

La semana profética en la que Cristo confirmó el pacto, en cumplimiento de la visión de los dos mil trescientos años, también representó la visión de los dos mil quinientos veinte años. Los milleritas reconocieron lo suficiente de la profecía de los dos mil trescientos años como para proclamar correctamente el mensaje del Clamor de Medianoche, pero eligieron rechazar parte de la luz que la interpretación de Gabriel en el capítulo nueve estaba destinada a transmitir.

Gabriel había instruido a Daniel a dividir correctamente (separar mentalmente) las dos visiones, representadas como "asunto" y "visión", y, en cumplimiento de ese consejo, la hermana White nos informa que esta era precisamente la carga de Daniel mientras procuraba entender la relación entre las setenta semanas (un símbolo de "siete tiempos") y los dos mil trescientos años.

El rechazo por parte del adventismo de los "siete tiempos" los colocó en una posición en la que no podían entender que el primer período de cuatrocientos noventa años, que fue separado de los dos mil trescientos años, representaba la rebelión contra el pacto que Moisés identifica como la "contienda de su pacto".

También se les impidió reconocer que la crucifixión a la mitad de la semana hizo más que simplemente fijar la fecha, pues identificaba el mismísimo centro de la contienda de Cristo contra la desobediencia de Israel: la sangre del pacto. Eran ciegos al hecho de que la sangre derramada por muchos en la cruz, que confirmaba su pacto, también confirmaba el pacto establecido en Levítico veinticinco y veintiséis.

El antiguo Israel asumió un pacto, en el que lo definió como su proclamación de que "todo lo que el Señor ha dicho, haremos", totalmente inconsciente de que el pacto que Cristo ofrecía requería que su ley fuera escrita en el corazón. Su definición farisaica de los términos del pacto les impidió comprender y aceptar el verdadero pacto.

El Israel moderno ha definido la sangre de la cruz en medio de la semana en términos que provocan en el Israel moderno la misma ceguera que había sobre el Israel antiguo cuando rechazó al Mesías y proclamó que no tenía más rey que César.

El Israel moderno es ciego al hecho de que la historia que Gabriel expuso a Daniel no solo incluye la confirmación del pacto, sino también la dispersión que sobreviene a quienes rechazan ese pacto, pues los versículos señalan que la Roma pagana (el príncipe que había de venir) destruiría la ciudad y el santuario, y que hasta el fin de la guerra (que holló el santuario y la hueste) "desolaciones", en plural, fueron determinadas.

En la historia en la que Cristo derramó Su sangre para confirmar el pacto con muchos, se identifican específicamente los dos poderes desoladores de la Roma pagana y papal. La sangre derramada en la cruz es lo que Cristo presenta en el santuario celestial, y es símbolo de Su obra representada por la visión "mareh" de dos mil trescientos años. Esa historia está entretrejida con la historia de la visión "chazon" de dos mil quinientos veinte años, como lo representan los dos poderes desoladores que hollarían el santuario y al ejército.

Las verdades que en el sueño de Miller fueron representadas como joyas brillaban tan resplandecientes como el sol, pero estaban incompletas. En los últimos días, cuando el Clamor de Medianoche se repita al pie de la letra, esas mismas joyas serán echadas en el nuevo cofre, más grande, por el "Hombre del cepillo de basura", y entonces brillarán diez veces más de lo que brillaban originalmente. Se convierten en la prueba del mensaje final del Clamor de Medianoche. Esas joyas fueron específicamente identificadas por los dos testigos profetizados por Habacuc, como tablas. Cuando las dos tablas de los cuadros pioneros de 1843 y 1850 se colocan una sobre otra "línea sobre línea", las joyas de Miller quedan específicamente identificadas, y al hacerlo esas joyas representan el mensaje final del Clamor de Medianoche.

La mayoría de las verdades sobre las dos láminas ilustran profecías que se cumplieron antes de 1844, como la identificación de las bestias de Daniel siete y ocho. La imagen de Daniel dos está representada. Allí está la discusión sobre si es Roma o Antíoco Epífanés quien establece la visión. Allí están la primera desilusión y el tiempo de la tardanza de Habacuc y de las diez vírgenes. Allí está la llegada del tercer ángel, así como el santuario celestial. "El continuo", como símbolo del paganismo, está allí. Y, por supuesto, allí están los tres Ayes del Islam. Tomadas en conjunto, las láminas representan una ilustración del "aumento del conocimiento" que tiene lugar cuando el León de la tribu de Judá desella una verdad profética.

Al concluir nuestra consideración de la visión del río Ulai como el símbolo del conocimiento profético que fue desellado en el tiempo del fin en 1798, y que aumentó hasta conformar las joyas en el nuevo y más grande cofre del sueño de William Miller, volveremos a examinar las verdades mileritas que quedaron incompletas en su historia. Algunas quedaron en estado incompleto debido al momento histórico en que vivían los mileritas, y otras quedaron incompletas por la desobediencia de quienes se negaron a mantenerse al paso de la luz creciente del tercer ángel.

Continuaremos con estos temas en el próximo artículo.

Aquellos a quienes Dios ha enviado con un mensaje no son más que hombres, pero ¿cuál es el carácter del mensaje que llevan? ¿Se atreverán a apartarse de las advertencias, o a tomarlas a la ligera, porque Dios no los consultó acerca de lo que sería preferible? Dios llama a hombres que hablen, que clamen en voz alta y no se contengan. Dios ha levantado a sus mensajeros para realizar su obra para este tiempo. Algunos se han apartado del mensaje de la justicia de Cristo para criticar a los hombres y sus imperfecciones, porque no comunican el mensaje de la verdad con toda la gracia y el refinamiento deseables. Tienen demasiado celo, son demasiado serios, hablan con demasiada firmeza, y el mensaje que habría de traer sanidad, vida y consuelo a muchas almas cansadas y oprimidas queda, en cierta medida, excluido; porque, en la misma medida en que los hombres de influencia cierran sus propios corazones e imponen su propia voluntad en oposición a lo que Dios ha dicho, procurarán quitar el rayo de luz a aquellos que han estado anhelando y orando por luz y por poder vivificador. Cristo ha registrado todos los discursos duros, soberbios y burlones proferidos contra sus siervos como si hubieran sido proferidos contra él mismo.

"El mensaje del tercer ángel no será comprendido; la luz que iluminará la tierra con su gloria será llamada una luz falsa por aquellos que rehúsan andar en su gloria creciente. La obra que podría haberse hecho quedará sin hacerse por los que rechazan la verdad, a causa de su incredulidad. Suplicamos a los que se oponen a la luz de la verdad que se aparten del camino del pueblo de Dios. Dejen que la luz enviada del cielo resplandezca sobre ellos en rayos claros y constantes. Dios hace responsables, a aquellos a quienes ha llegado esta luz, del uso que hagan de ella. Los que no quieran oír serán tenidos por responsables; pues la verdad se ha puesto a su alcance, pero despreciaron sus oportunidades y privilegios. Mensajes que llevan las credenciales divinas han sido enviados al pueblo de Dios; la gloria, la majestad, la justicia de Cristo, plenas de bondad y de verdad, han sido presentadas; la plenitud de la Deidad en Jesucristo ha sido puesta de manifiesto entre nosotros con belleza y hermosura, para cautivar a todos cuyos corazones no estaban cerrados por el prejuicio. Sabemos que Dios ha obrado entre nosotros. Hemos visto almas volverse del pecado a la justicia. Hemos visto reavivarse la fe en los corazones de los contritos. ¿Seremos como los leprosos que fueron limpiados, que siguieron su camino, y solo uno volvió a dar gloria a Dios? Más bien contemos su bondad y alabemos a Dios con el corazón, con la pluma y con la voz." Review and Herald, 27 de mayo de 1890.